

La
Curva
a través
de
nuestros

→ ojos

Natalia
Brown

La
lluvia,
a través
de
nuestros
ojos
Natalia
Brown



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, abril 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19147-42-4
Depósito Legal: CS 162-2023
© del texto, Natalia Brown
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para esas historias de amor en las que hemos sido una pequeña flor situada en la mano que la arranca. Para esas personas que le han puesto un nombre a la lluvia, sé que los días nublados también te recuerdan a él/ella.

«Prendí fuego a la lluvia,
la vi caer mientras tocaba tu cara.
Se quemó mientras lloraba
porque la escuché gritar tu nombre».

Adele,

Set fire to the rain

Prólogo

La lluvia caía sin cesar en Edimburgo. El otoño se había apoderado de la ciudad y el frío se colaba en cada rincón de las casas y habitantes. Corrí por la calle sin paraguas, mojándome a cada paso que daba con mayor intensidad, pero no me importó porque me gustaba esa sensación. Mi vista se volvió borrosa entre el ambiente grisáceo mientras miles de gotas colapsaban contra la superficie del suelo. Sentí picoteos en mi cabeza y, cuando eché la vista hacia arriba, cerré los ojos para sentir la lluvia sobre mi rostro. Hacía mucho frío. Y no había apenas gente por la calle. La lluvia cogió más fuerza y empecé a correr, encharcando los pies a cada paso que daba. Necesitaba un lugar donde refugiarme, y entonces una mano tiró de mí cuando un coche pasó a escasos centímetros de mi cuerpo. Ni siquiera escuché el pitido ni me alerté de los faros tan cerca de mis piernas. Mis oídos se vieron afectados por el traqueteo de la lluvia y, cuando alcé la vista hacia atrás, lo vi.

Él acababa de salir de un establecimiento y me sequé la cara con las manos. Pude ver con mayor claridad y aquel desconocido me miró con preocupación. Le di las gracias con la mirada, porque tenía tanto frío que mis labios estaban tiritando. Se quitó el abrigo y me lo pasó por detrás de la espalda. Mi corazón aún seguía latiendo a mil por hora tras haberme salvado de un atropello, o algo peor, y agaché la cabeza escondiéndome en ese abrigo con un olor atrapante.

—Gracias —fue lo primero que le dije a ese chico.

Mi cuerpo se hizo pequeño y me apoyé en una pared cuando sentí un leve mareo. Sus manos acudieron a mis codos y me preguntó algo que no logré escuchar.

Y entonces alcé la barbilla y le miré por primera vez a los ojos. Unos ojos tan azules como el agua del océano. Me recordaron a los de mi madre y se me puso el vello de punta.



A menudo me pregunto sobre las primeras veces. Esas en las que no sabes nada de la persona que algún día se convertirá hasta en tu propia lluvia. ¿Cómo se pasa de toda esa nada al todo? De la sequía a la inundación de sentimientos. ¿Cómo es que Archie y yo en algún punto de nuestras vidas éramos dos desconocidos que no sabían nada del otro? Que se miraron un poco asustados y demasiado cortados. ¿Supimos en ese momento lo mucho que nos íbamos a querer y el daño que nos íbamos a hacer? ¿Lo difícil que iba a ser todo y lo fácil que intentaríamos hacerlo?

No.

Porque no éramos nada.

Y esa nada fue algo en lo que ambos deseamos convertirnos en algún punto de nuestras vidas. Con tal de no ver sufrir al otro. Con tal de no ver cómo el otro se seca por la ausencia de la lluvia. Nuestra lluvia. Que aquella tarde quiso juntar a dos desastres que en algún momento iban a tratar de convertirse en un milagro.

Como quien se atreviera a apagar aquella tormenta.

Como quien se atreviera a luchar con un amor que nació una tarde de sábado a principios de los noventa.

Parte 1

Finales del año
1989

-BLAIR-

—Mi madre solía decir que el mundo intentaría romperme el corazón de maneras inimaginables. —Suspiré—. Me hace gracia porque ella fue la primera persona en hacerlo.

Apreté los labios y me mordí la lengua por dentro. Supongo que a veces me seguía costando hablar delante de personas que en algún punto de sus vidas tuvieron el mismo problema que yo.

—No escuché un *crack* ni otro tipo de sonido en mi pecho cuando aquel día sentí que con su marcha se había llevado mucho más que a ella. Silencio. Eso fue lo que escuché. La nada golpeándome por detrás como si la hubiera estado evitando todos aquellos años. La nada encarándose con mis lágrimas. Con mi ira. Con mi soledad.

Tragué saliva. Las personas seguían mirándome atentas, expectantes. Estaba segura de que por fuera parecía mucho más segura de lo que estaba por dentro. Siempre he sido así. Pero supe que de alguna forma tenían que escuchar mi historia. Una más.

Di un paso hacia delante y me eché el pelo hacia un lado.

—Me quedé sola con quince años. —Mi voz retumbó en mi cabeza como si estuviera hueca—. Y con los años aprendí que la vida es la cosa más frágil que tenemos, lo más fácil de romper. Incluso más que un corazón. —Me tembló la mandíbula—. Me quedé huérfana con esa edad y estuve viviendo en casas de acogida hasta los dieciocho. Supongo que el azar escoge algunas personas para

enseñarlas antes a madurar. No lo sé. Pero jamás en mi vida me había sentido tan sola, tan vacía, como si solo estuviera compuesta por una capa de piel externa que no necesitaba proteger órganos ni músculos ni venas. Siempre me he preguntado si el vacío es una emoción real, una que te permite confirmar que al menos estás sintiendo algo. Porque ni siquiera el día que tuve que despedirme de mamá en el cementerio con un ramo de flores amarillas, sus favoritas, acompañada de mi primera familia de acogida, sentí algo. Era como un agujero negro. Uno vacío e infinito.

Hice una pausa. Ahora venía la peor parte.

—Consumí por primera vez ese mismo año. Supongo que era una niña que lo había perdido todo, que no tenía familia y que tuvo que refugiarse de su vida de mierda en algo que la hacía sentir lejos de la realidad que estaba viviendo.

Cogí aire.

—Yo... no quise hacerlo. Pero, en cuanto lo probé, sentí que estaba conociendo el arma que algún día iba a acabar con mi vida. Lo sabía perfectamente, pero no quise parar.

Algunas personas soltaron un suspiro cargado de tensión, miedo, dolor, empatía.

—Cuando mi madre murió, de repente olvidé cómo era ver la vida de otro color que no fuera el gris. El horrible color gris. Hasta el cielo estaba triste. Cada vez que observaba a alguien reír por la calle, soltar una carcajada, sentir cariño por otra persona... me hacía entrar en un estado de *shock*. Nadie podía ser feliz mientras yo estaba triste, pensaba hacia mis adentros, admito que siempre he sido un poco egocéntrica. Pero miraba a esas personas y me preguntaba cómo podían ser tan felices viendo la desgracia que me había tocado vivir. Recuerdo ese primer año sin mamá, oscuro. 1985 fue el año que cambió mi vida. Y la razón por la que me convertí en otra persona. Mi madre y yo nos llevábamos muy bien. —Medio sonreí—. Nos queríamos, nos teníamos la una a la otra. Pero me falló. Siempre decía que estaríamos juntas para siempre, que nada nos separaría. Ojalá no lo hubiera dicho. —Agaché la

cabeza—. Ojalá nunca me hubiera aferrado a ese conjunto de palabras envenenadas.

Noté mis ojos arder y una lágrima resbaló por mi mejilla. Miré a la gente, observándome con miradas tristes y nubladas como la mía.

—Soy Blair, para los que no me conocéis, y llevo nueve meses limpia.

Se hizo un silencio en la sala. Tenía la cabeza agachada, mirándome los zapatos, y entrelazaba los dedos de las manos, nerviosa, evitando arrancarme las uñas. Respiré. Y, cuando empezaron a aplaudir, alcé la barbilla y sonreí entre lágrimas, apartándomelas tan rápido como pude.

El señor Parker me sonrió desde enfrente y aplaudió con más intensidad que ninguna otra persona de la sala. Lo cierto es que le debía todo a ese hombre de mediana edad que casi la palma por una sobredosis a los veinticinco años.

Llevaba doscientos setenta días limpia. Doscientos setenta días. Sin meterme nada. Teniendo la tentación a ratos. Martirizándome cuando pasaba eso. Comiéndome las uñas. Gritando. No estaba siendo fácil. Joder, me estaba desintoxicando después de consumir durante cinco años de mi vida.

Había intentado ingresar la primera vez con diecisiete años, cuando mi segunda familia de acogida no pudo más conmigo. Normal. Era una maldita yonqui que apenas iba al instituto y llegaba drogada a casa a las tres de la mañana. Por no hablar de las pastillas a las que era adicta, que me tomaba nada más levantarme para soportar el día. Que, por cierto, las escondía dentro de la funda de la almohada.

Nunca quise parar. Y ese fue el principal error de todos. Si quieres dejar de drogarte, tienes primero que querer dejar de hacerlo.

Supongo que el cambio de década provocó algo en mí. O simplemente fue que conocí al señor Parker en Urgencias, cuando casi me muero por un chute de heroína. Ese fue el punto de inflexión que marcaría siempre mi vida.

—Yo te puedo ayudar. —Se acercó un hombre como si nada a la habitación donde estaba ingresada, como si no quisiera darle una patada en la entrepierna para que se largara y me dejara en paz.

Resoplé. Odiaba a la gente que decía eso, que de verdad pensaban que podían ayudarme.

—Nadie puede ayudarme.

—Si no paras de hacerte esto a ti misma, llegará un día en que no vuelvas a abrir los ojos —dijo apoyado desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Sabe qué? Lo mismo eso es lo que tiene que pasar.

Lo vi acercarse. Y entonces se detuvo un segundo. Sí, solo fue un segundo. Entonces apretó la mandíbula, entornó los ojos y se inclinó hacia mí con aire enfadado.

—¿Entonces por qué no te has matado antes? Tanto daño, ¿para qué si sabes perfectamente cómo terminar con todo esto en unos minutos?

Me clavó sus pupilas de una forma tan intensa, tan dentro que casi podía verme en su reflejo.

—Se trata de tu vida, ¿acaso no crees que puedes hacer grandes cosas? Puedes enamorarte, viajar, aprender idiomas, leer libros, bañarte en el mar, ver películas... ¿Tan oscura ves la vida que no puedes salvar ni una razón?

Me encogí de hombros.

—Oh, sí, alguna habrá. ¿Sabes por qué lo sé?

No respondí.

—Porque, si no, hubieras acabado contigo antes.

Me mordí el labio y bajé la mirada de sus ojos.

—No tengo nada, absolutamente nada.

—¿Entonces qué es lo que te detiene para no terminar rápidamente?

Tragué saliva.

—¿Eh?

—No lo sé.

—No te he escuchado.

Alcé la cabeza de inmediato y volví a encontrarme con su mirada, intensa y seria. Apreté los dientes con fuerza.

—No-lo-sé—recalqué cada palabra.

—¿Nunca te has preguntado cómo es la sensación de estar en una barca en el mar y rozar el agua con la punta de los dedos? ¿O entrelazar la mano con la persona que más amas en el mundo?

Todo eso estaba tan tan lejano de mí...

—Yo sí lo he sentido, y es algo acojonante y precioso. —Empezó a caminar hacia atrás—. No todo está perdido, eres muy joven. ¿Sabes? No sé si eres una cobarde por no atreverte a matarte o una chica lista por no haber dado ese paso. —Se detuvo en la puerta—. No intentes quedarte sin más en esta vida, averigua qué debes darte para vivir de la mejor forma posible. Porque puedes, yo sé que tú puedes conseguirlo.

El hombre desapareció tan rápido como había aparecido, y yo me quedé con el corazón y la mente tan aplastada que supe que aquello ya había cambiado algo en mí. Nunca nadie me lo había dicho así; esas últimas palabras, ese «yo sé que tú puedes conseguirlo» hizo que se me erizase todo el cuerpo. Por primera vez alguien, que ni siquiera me conocía, confiaba en mí. Eché la cabeza hacia atrás en la camilla y me llevé las manos al rostro, Grité en silencio. Fue el maldito punto de inflexión.

Jamás había pensado en dejarlo. Sabía que estaba mal, claro. Pero no quería dejarlo. Me hacía sentir mejor, me hacía... De esa forma no pensaba en la mierda de vida que tenía. Me convertí en una chica egoísta a raíz de consumir. ¿En quién iba a pensar sino en mí misma? Cuando no tienes a nadie, cuando ya no te queda nadie a quien querer o proteger, solo quedas tú. Y te aferras a ti. O intentas destruirlo. Como yo hice. Pero había llegado la hora de dejar de jugar a intentar tocar la llama del mechero.



Sé que he sido egoísta a lo largo de mi vida. Lo iba a ser con Archie muchas veces, como con Henry, con cualquier persona que me haya ayudado. No estoy orgullosa de ello, pero aquel día, en el

que conocí al señor Parker, creo que lo dejé de ser un poco menos. Porque abrí los ojos y supe que había una vida normal más allá del agujero negro en el que me había enterrado sola.

Soy una chica complicada, con unos pulmones de mierda, pero con un corazón acojonante. Y todas las veces que perdería a Archie se me iría desgastando un poco, hasta aquellas veces en las que lo recuperaría y mi corazón se reharía.

Porque, como todo en esta vida, hay una segunda oportunidad. Hasta que ya no quedan más.

Entonces pierdes. Aunque nunca me ha gustado perder.

Pero a él lo iba a perder. Y nunca podría ser capaz de recuperar todo lo que un día tuve.

-ARCHIE-

La canción que estaba tocando era triste.

Los dedos resbalaban por las teclas con una rapidez de la que un año atrás hubiese sido incapaz. Se movían de un lado a otro con soltura, elegancia. O eso decía siempre mi profesor. Estaba deseando terminar de tocar la pieza para salir con los chicos a tomar nos unas cervezas, aunque llevase toda la tarde lloviendo. Siempre me ha gustado la lluvia, a diferencia de mi hermano.

Miré por la ventana sin dejar de tocar. Me encantaba tocar el piano mirando hacia el exterior, como si de alguna forma encontrase el sentido de aquella melodía en el cielo, en la gente que pasaba por la calle, en los árboles de enfrente o en las gotas resbalando por el cristal de la ventana. No lo sé. Pero siempre me ha gustado imaginarme una historia real con cada pieza que tocaba.

La canción que estaba tocando era triste. Y no supe por qué, pero me costó más encontrarle una historia de verdad, con la cantidad de historias tristes que hay divagando por todo el mundo. Pero, de repente, la melodía se convirtió en notas agudas y pausadas. La intensidad se redujo a la tranquilidad, como si aquella

tristeza se disipara. Me encantaba esa canción. Por muy melancólica que sonase. Y algún día encontraría su sentido. Más adelante.

Mi dedo índice cerró la canción con un mi agudo y suspiré. Me pasé la mano por el pelo y me quedé un rato sentado, observando la lluvia chocar contra la ventana.

Mis amigos solían decir que era un chico intenso porque era pianista, no porque hubiese nacido así. Yo siempre me reía ante ese comentario. Mi novia opinaba igual, aunque sabía que eso la volvía loca.

Yo tenía la certeza de que en realidad se trataba de eso, de ir construyéndonos a medida que crecemos, de formarnos a raíz de nuestros gustos y de aquellas cosas que nos apasionan.

Me puse en pie, ordené un poco la habitación, el escritorio lleno de partituras, y me puse un abrigo para salir.

—¿A dónde vas, cariño? —preguntó mi madre cuando me vio dirigirme hacia la puerta principal de nuestra casa. Estaba sentada tomando un té de la forma más elegante posible en la sala de estar, como si estuviese esperando una visita.

—He quedado con los chicos.

—¿Has mirado lo que tu padre y yo dijimos?

Mi expresión cambió y me di la vuelta, recorriendo el recibidor. Escuché la lluvia golpear contra el mosaico de cerámica de la puerta principal.

—¡Archibald!

—Mamá... —Me giré hacia su dirección, abriendo la puerta—. No voy a dejar de tocar. —Y me fui.

De camino al bar en el que iba a quedar con mis amigos, me llamó Stella y me contó cómo había sido su día en la facultad. Sonreía mientras hablaba con ella, siempre lo hacía. Pero eso no llegó a eclipsar del todo la presión que contenía en mi pecho por culpa de mis padres. Me despedí apresuradamente poco antes de que me preguntara cómo había ido mi día, usando la excusa de que había llegado al bar. No quería compartir con ella mis problemas. Lo cierto es que no se me daba muy bien abrirme en cuanto

a problemas personales e ir contándolo como si fuera tan fácil expresar lo chafado que estaba por dentro.

Además, tampoco era tan importante. Mis padres me presionaban para que estudiara la carrera de Medicina, como ellos, porque la música no me iba a llevar a ninguna parte.

«¿Crees que vas a poder sacar tu vida adelante sentado en un piano y tocando para los demás?».

«Eso no es un trabajo, Archibald».

Siempre lo mismo. Y eso que fueron ellos los que me inscribieron en clases de piano con cinco años porque se negaron a apuntarme al fútbol con mis amigos. Querían algo... menos pringoso, según ellos. Los criterios de mis padres siempre han sido muy ambiguos, y pertenecer a familias adineradas también influye.

—Pero, bueno, ¿quién está aquí? —dijo Mark poniéndose en pie. Había llegado al bar de la zona en la que vivían casi todos mis amigos. En mi barrio..., la zona más pija de Edimburgo, como decían ellos, no había bares como en el que estábamos.

—¿Cómo estáis? —les pregunté a los tres, sentándome al lado de Tom. Ellos, Mark, Lewis y Tom, eran mis mejores amigos desde que teníamos doce años y cada viernes por la tarde, cuando los tres terminaban sus clases en la universidad, quedábamos para tomar nos una cerveza y desconectar.

Me gustaba estar con ellos, aunque mis padres los veían «muy corrientes»; sí, eso decían. Pero mis amigos, a diferencia de ellos, me entendían y me apoyaban para que le diese una oportunidad al sueño de mi vida, aunque no fuese fácil.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara? —Sonreí al momento.

Siempre he sido un chico muy extrovertido, me encantaba hablar con todo el mundo, conocer nuevas personas, charlar de cualquier tema... Pero cuando se trataba de mí y de algún problema mío... Me cerraba en banda. Y mis amigos conocían todas esas veces en las que escondía que algo me había pasado. Nunca me ha gustado ser el centro de atención de las penas.

—Vamos, Archie..., ¿se trata de Stella?

—No creo que después de tres años juntos tengan problemas, esa relación está más consolidada que los bíceps de Tom. —Se rio Lewis.

Todos nos reímos y le di un sorbo a la cerveza.

—No se trata de Stella, idiotas.

—¿Entonces?

Todos me miraron y odiaba cuando hacían eso. Ellos sabían que me ponía nervioso que me intimidaran de esa forma para que soltara lo que me estuviese pasando.

Al final resoplé.

—Mis padres me están presionando para que ingrese en la Facultad de Medicina.

—La nota te da de sobra —murmuró Mark, y Tom le dio un empujón con el brazo.

Los miré con seriedad.

—Y que deje de tocar.

—Ah, no, eso sí que no —volvió a decir Mark.

—Esas manitas que tienes hacen maravillas. Ahora sabemos por qué Stella nunca se ha planteado dejarte.

Mis amigos estallaron en carcajadas y yo me sonrojé, poniendo los ojos en blanco, para acabar por unirme a ellos. Tenía veintidós años, los años locos de la juventud. Pero, bueno, a eso me refería con que sacaban lo mejor de todo.

—No voy a dejarlo.

—Por supuesto que no lo vas a dejar —dijo Tom, dándome una palmada en la espalda. Y no volvimos a hablar del tema.



¿Cómo debe ser sentir que haces lo que de verdad quieres y que tu familia te apoya? ¿Cómo debe ser sentir hacer lo que más te gusta en el mundo y no sentirte mal por ello? Nadie debería sentirse así. Ignorado de esa forma. Infravalorado. Detestado.

Así me sentía por aquel entonces por culpa de mis padres. Ellos nunca supieron verlo. No supieron ver el amor que tenía su hijo menor por la música y por ese conjunto de teclas que hacían que se convirtiese en un pájaro echando a volar cada vez que se sentaba frente al piano.

Es frustrante querer que te vean con los ojos abiertos y no a través de las pestañas entornadas. ¿Qué es lo que ves? ¿Desperdicio? ¿Cómo puedes ver una pérdida de tiempo algo que alguien hace por amor? No hace falta que se trate de algo grandioso, brillante. Se trata de hacer que las cosas más pequeñas e insignificantes se convierten en luces intermitentes cuando tú quieras.

Nadie enseña a los pájaros a volar desde que nacen. Nadie nos enseña que el amor es la mayor guerra de todas ni que echar de menos es el precio que pagar por los momentos bonitos.

Nadie nos enseña de pequeños a querer y a elegir, hasta que lo haces por ti mismo cuando encuentras esa brújula llena de luz que te señala el camino que debes seguir. Yo no elegí la música. La música me eligió a mí.

Y estaba seguro de que el destino de esa brújula no iba a cambiar nunca. Porque ¿acaso se puede modificar lo que a uno le gusta? Lo mismo ocurre con las personas y el amor que sientes por ellas.

-BLAIR-

Recuerdo la primera vez que consumí.

Tuve miedo. Me asustaba la idea de probar algo que alterase mi conocimiento o estado, pero el resultado estuvo muy lejos de eso. Porque todo el mundo piensa que el miedo es una emoción fuerte, pero en realidad puede ser sustituida tan fácilmente en un momento que asusta.

Tenía quince años y supongo que yo solo quería probar algo que callara mi voz interna. Esa voz que apareció el mismo día que perdí a mi madre. Yo solo... quería que se callara, quería que dejase

de pensar en ella, que estaba sola, que no tenía nadie y que nunca lo iba a tener.

Esa primera vez, conocí a Henry.

Tenía que ir al instituto por la mañana. Mis padres de acogida insistieron en llevarme en coche, pero yo quería ir andando. Me gusta andar, siempre me ha gustado. Además, no quería hablar con esa familia que me había acogido y que intentaban ser amables conmigo todo el tiempo. Ahora me avergüenzo mucho de cómo me comporté con ellos.

Decidí ir andando y, de camino, un chico moreno con el pelo rizado pasó tan cerca de mí con su bicicleta porque un coche le pitó en la calzada que me caí al suelo por la fuerza del viento.

—*¡Eh! Mira por dónde vas —dije de mala gana. Por esa época, y muchos años más, siempre estaba enfadada.*

—*Perdón, perdón. —Se bajó, preocupado, de su bici. Él debía de tener unos dieciséis años, uno más que yo—. ¿Estás bien?*

—*Sí. —Le aparté el brazo cuando intentó ayudarme a levantarme.*

—*¿Eres nueva en el instituto?*

—*¿Qué te importa?*

—*No sé. —Le vi encogerse de hombros por el rabillo del ojo—. Casi nunca voy a clase.*

—*¿Y qué haces?*

—*Escaparme.*

Aquella respuesta hizo que alzara las cejas y mi voz interna empezó a susurrarme las pocas ganas que tenía de ir a clase con nuevos compañeros.

—*¿Y adónde vas?*

—*Es un secreto.*

—*¿Un secreto? —Me detuve y lo miré por primera vez a la cara. Era de mi misma altura. Yo siempre había sido una chica alta para mi edad. Mi madre solía decir que valdría para ser modelo—. Yo tampoco quiero ir a clase.*

El chico se detuvo y me miró de arriba abajo.

—*Me llamo Henry.*

—Yo soy... Blair —respondí con la cabeza agachada. Sabía que nunca podría ser modelo por el simple hecho de que era una chica tímida e introvertida, y más en aquellos años.

—¿Por qué estás triste, Blair?

Cuando dije eso, comencé a andar de nuevo suspirando, dejándolo atrás.

—¿Qué pasa? —Me siguió caminando con su bici a un lado, y me crucé de brazos—. ¿Te has enfadado con tus padres?

Entonces me detuve. Mi voz interna habló y reuní todo el valor para decirlo por primera vez en voz alta:

—No tengo padres.

Creo que asusté a Henry cuando le dije eso. Abrió los ojos marrones, sorprendido, y cambió su expresión, mordiéndose el labio inferior. No dijo nada para complacerme, ni siquiera que lo sentía. Quizás por eso me gustó Henry, porque por primera vez nadie me miraba con pena ni como un muñeco roto.

—Entonces tengo lo que necesitas.

—¿Qué necesito?

—Algo para que no pienses en lo triste que estás.

No dije nada. Ni siquiera me preocupé por estar hablando con un desconocido, y más aún fiarme de él. Pero cuando no tienes emociones ni sentimientos, y sientes que estás hueca por dentro, todo te importa una mierda.

Henry no me preguntó cuántos años tenía, supuso que más o menos los mismos que él. Siempre se arrepintió de aquel momento en su vida. Lo martirizaba día a día. Incluso muchos años después. Sentí mi corazón acelerarse. Sí, acelerarse como un motor potente cuando abrió la mano y me enseñó el tesoro. Así lo llamábamos.

Pero no se puede deshacer lo que está hecho.

Ni se le puede quitar una droga a una persona rota que deseaba estarlo un poco menos.



—¿Cómo ha ido la sesión de hoy? —Henry pasó su brazo por detrás de mi espalda mientras caminábamos por la calle hacia casa. Hacía frío. Sí, a principios de abril aún hacía frío en Edimburgo.

—Me siento bien.

—Lo estás haciendo muy bien, estoy tan orgulloso de ti, Blair.

—Me besuqueó la cabeza, y sonreí porque Henry era mi única familia después de tanto tiempo.

Me concentré en nuestros pasos. Después de cinco años, seguimos siendo mejores amigos. Después de cinco años, no éramos los mismos, ni por asomo, pero nunca nos hemos separado el uno del otro.

Me gustaba caminar por la calle y poder sentir el aire frío del ambiente, poder ver cada rostro de cada persona con la que nos cruzábamos con claridad, la carretera, el sonido del tráfico, conversaciones, risas... Todas esas cosas que antes veía distorsionadas y dadas la vuelta.

—Henry.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas... te acuerdas del día que nos conocimos?

Henry cambió la expresión y retiró el brazo que me envolvía por detrás. Sabía que no le gustaba hablar de eso, pero quería preguntarle una cosa después de sentir que todo eso lo dejé atrás.

—Blair...

—No lo digo por eso —respondí, volviendo a pasar su brazo por mi espalda—. ¿Qué pensaste de mí?

Me miró de reojo con una sonrisa de lado.

—¿Quieres saberlo de verdad?

Asentí.

—Nunca había visto una niña tan guapa y tan triste al mismo tiempo.

Curvé mis labios de una forma leve.

—Pero no estoy orgulloso de...

—Lo hemos hablado muchas veces —lo detuve—. Tú no tuviste la culpa.

—Sí que la tuve, Blair —dijo con seriedad. Henry era la persona menos seria del mundo. Henry era salvaje, impulsivo, loco, divertido.

—¿Sabes lo que pensé yo?

—¿Aún lo recuerdas?

—¡Por supuesto! —Sonreí—. Primero te quise pegar porque me atropellaste con tu dichosa bicicleta. —Le hice soltar una carcajada—. Después creo que... supongo que vi algo en ti.

—¿Algo? ¿Como qué? No te habrías enamorado a primera vista de un tipo tan guapo como yo, ¿no?

Giramos la calle, dejando Lochend Road, para llegar a casa.

—Creo que vi una salida.

—La encontraste.

—Lo sé.

—Y después un muro.

No dije nada. No me gustaba que Henry se sintiese responsable cada día de todo aquello. Lo había pasado mal, los dos lo habíamos pasado muy mal.

Pero también demasiado bien.

Porque por unos años fuimos dos personas que no querían dejar de pasárselo demasiado bien jugando en el borde de un acantilado.

Solo era cuestión de tiempo que uno de los dos se cayera hacia delante o hacia atrás para detenerlo todo.

-ARCHIE-

Siempre he pensado que vivía en un entorno demasiado grande para mí. Mis padres, cirujanos en el mejor hospital de la ciudad,

conocidos por todo el mundo, una casa con demasiados huecos vacíos en el mejor barrio, dinero, lujos innecesarios. Mis padres eran ese tipo de personas a los que les gustaba ostentar por todo lo que tenían, porque lo tenían todo.

Y yo... No sé, quizás empecé a verlo todo grande cuando supe que mi sitio no estaba ahí.

Cuando era pequeño, mis padres se habían asegurado de que Jake, mi hermano mayor, acabaría estudiando Medicina como ellos. Y que yo sería el siguiente. Supongo que nunca presté atención a esa presión hasta que llegó mi turno, porque había supuesto que con que Jake cumpliera los deseos de mis padres bastaba. Pero no. Con mis padres nada bastaba. No querían que solo uno de sus hijos fuese igual que ellos. No, querían que los dos fuésemos copias exactas de ellos.

Y no hay nada que me dé más rabia que el que me obliguen a hacer algo que no quiero. Eso ha sido algo con lo que he tenido que lidiar toda mi vida por culpa de ellos. Mi hermano siempre ha sido todo lo que ellos han querido. Lo han manipulado. Ha sido su experimento, como solía decirle cuando me cabreaba con él. Pero eran cuatro años los que separaban a Jake de mí y he crecido viendo cómo mis padres chafaban el deseo de mi hermano de estudiar Biología, lo que siempre quiso.

Cosa que no iban a conseguir conmigo.

El ser humano tiene la errónea idea de que necesita a alguien para ser feliz, yo solo necesitaba un piano.

A los cinco años fui obligado a sentarme en una banqueta por primera vez y observar las enormes teclas del piano de mi primer profesor. Aún recuerdo ese brillo en los ojos de mis padres cuando me vieron ahí sentado, con un profesor expresamente para mí solo, con tal de no verme jugando con mis amigos en el parque.

Lo odié al instante. Y, aunque me negué repetidas veces a ir, mis padres me obligaban. Hasta que un día... simplemente la magia apareció sola.

Creo que fue con el tiempo, llevaría un año tocando, y desde tan pequeño ya sabía identificar cada nota y podía tocar alguna

pieza sencilla con una mano. Recuerdo que ese día me salió una pieza que llevaba mucho tiempo practicando y me puse muy contento, tanto que no me di cuenta la última vez que odié asistir a una clase.

Los años pasaron, hice muchas actuaciones en el conservatorio, pero mis padres nunca contaron con que ser pianista era en lo que quería convertirme.



—¿Crees que lo conseguiré? —Entrelacé mis dedos con los de Stella. Estábamos tumbados en su cama.

—¿El qué?

—Convencerlos.

—Eres mayor, Archie, puedes hacer lo que tú quieras.

—¿Qué opinas tú?

—No lo sé. —Se encogió de hombros.

Me aparté de ella con una expresión confundida.

—¿Cómo que no sabes?

Stella me miró como si no entendiese mi reacción. Ella sabía lo mucho que deseaba elegir mi propio camino.

—Quizás... debes centrarte en una carrera, Archie.

—¿En serio te estás poniendo de parte de ellos? ¿Te han dicho que me convenzas o algo?

—No es nada de eso, cariño. —Intentó disminuir la distancia que nos separaba. Llevaba una falda a cuadros azul y blanca con una chaqueta corta a juego de marca. Stella también venía de buena familia.

—¿Piensas que la música no es centrarme en algo que quiero?

—Archie, yo no he dicho eso.

—Déjalo. —Me levanté. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿A dónde vas?

—No lo sé.

—Cariño...

Me giré hacia ella una vez más. Era tan dulce, demasiado delgada, pero tan guapa y lista. Habíamos hablado de casarnos. Sí, de hecho, fueron nuestros padres los que nos lo sugirieron después de tantos años. Y yo quería casarme con ella. Pero no quería hacerlo con una chica que no me apoyase en lo que más quería hacer en mi vida.

—Archie, deja de hacer el tonto.

—Solo quiero que me apoyes —le supliqué, pasándome la mano por el pelo. Por esa época lo llevaba bastante largo, aunque por aquel entonces era moda a finales de los ochenta.

Stella juntó los labios y me miró desde el borde de la cama. Siempre hacía eso cuando quería decir algo que no quería.

—Suéltalo.

—Archie, yo... Yo quiero lo mejor para ti, ya lo sabes, quiero algo estable para los dos. ¿Cuál es tu plan? ¿A dónde irás? ¿Dónde tocarás? ¿Qué haré yo mientras tú estás... por ahí?

No respondí a ninguna de esas frases. Tan solo... yo tan solo me di cuenta de que estaba más solo de lo que pensaba en todo aquello y que necesitaba su apoyo para seguir adelante. Ese siempre ha sido uno de mis defectos; necesitaba contar con el apoyo de los míos para atreverme a echar a volar de verdad. Si no..., sentía que no lo estaba haciendo bien por mucho que mi corazón dictase esa dirección.

Aquella noche salí con mis amigos y nos emborrachamos. Sabía que no debía cubrir mis problemas con el alcohol, pero por aquel entonces era un chico de veintidós años inmaduro y cabreado con el mundo.

Recuerdo salir aquella noche por un *pub* de moda de Edimburgo. The Luckiest, creo que se llamaba. Era un lugar divertido. Ponían la música del momento: *rock* clásico con Oasis, mi grupo favorito, *rock* alternativo como Pearl Jam, grupos del momento como No Doubt... Y más tarde se unirían los Backstreet Boys o el *boom* de las Spice Girls, que lo petarían en los noventa. La música de antes siempre ha sido mejor que la que hay en estos días.

Mis amigos y yo siempre hemos sabido pasarlo bien. Donde hubiera un par de cervezas, ahí estábamos los cuatro. Era bastante fiestero, a regañadientes de mis padres. Sabía que la noche era para mí en muchas ocasiones, ya fuese para salir y ponerme como una cuba con mis amigos o para tocar hasta las tres de la mañana una pieza en mi piano.

Hasta que conocí a Stella. Mis padres me la presentaron porque conocían a sus padres y me obligaron a conocerla para supuestamente asentarme un poco. Lo sé, yo odiaba a mis padres, pero ellos también me miraban como si no estuviese hecho para esa familia. Nos conocimos cuando vinieron a tomar el té a casa y... era la chica más guapa que había visto en mi vida. Tenía diecinueve años, creo, y las hormonas estaban demasiado revolucionadas. Ya desde los catorce o quince años, no quiero que suene mal, pero las chicas ya se fijaban en mí.

Me asenté un poco cuando conocí a Stella. Sí, recuerdo que ha sido de las pocas temporadas en las que mis padres se llevaron bien conmigo porque por fin nos pusimos de acuerdo en algo. Pero las ganas de salir, cerrar los ojos con la música de fondo en un disco mientras los tontos de mis amigos ligaban con algún grupo de chicas... me comían el pensamiento muchas veces.

Siempre he dicho que cambiar por una persona es bueno y malo a partes iguales. Porque puedes cambiar todo lo que tú quieras, menos aquellas cosas que sabes que forman parte de cada célula de tu cuerpo.

Stella me entendía, a pesar de verse siempre tan condicionada por su familia. Y me quería. Y yo la quería, aunque sabía que no llegaba ni a la mitad de lo que ella me quería a mí. Nunca había sabido lo que se sentía querer a alguien y con ella lo experimenté a medio gas por primera vez.

No recuerdo el día en que me di cuenta de que la quería, aunque supongo que fue aquella vez que la invité al cine a ver una película que tanto quería ver y no pude prestar atención ni cinco minutos seguidos porque no podía dejar de mirar el brillo de sus

ojos. Entonces le cogí la mano con fuerza y le susurré en el oído que la quería. Fue la primera vez que dije a alguien que la quería en voz alta. Quizás ese nivel de amor que tenía por aquel entonces no se iba a acercar ni un poco al que sentiría años después por otra persona distinta, pero lo sentí, lo viví. Y más tarde entendí lo que significa tener ese primer amor, que tan solo calienta el motor del corazón para prepararte contra el siguiente impacto. Ese en el que pierdes el sentido del paso de las horas de un día porque te dedicas a contar lunares y explorar la piel de un cuerpo que no es el tuyo.

Aquella noche en aquel *pub* tan solo quería sentir que por un momento todo estaba bien. Que mis padres me apoyaban, que mi novia también lo hacía. Me acerqué a la barra y le pedí al camarero una copa del licor más fuerte, y me lo bebí de un trago. Mis amigos chillaron a mi alrededor y me sentí mejor.

—Eh, tú, musculitos, una chica ha preguntado por ti —me dijo Tom en algún punto de la noche. Sabía que habían vuelto a ligar con un grupo de chicas. Siempre lo hacían. Mis amigos estaban locos de la cabeza, pero eran buena gente.

—¿Quién? —pregunté, entornando los ojos hacia la gente que había en el local.

—La pelirroja que está al lado de la rubia, ¿puedes dejar de llamar la atención de las más guapas? Tienes novia y no dejas a los demás —se quejó, y me reí.

En el fondo mis amigos se alegraban de que tuviera novia. Observé a la chica desde la lejanía, normalmente cuando le gustaba a una chica solía apretar la mandíbula con fuerza y decir que tenía pareja. La mayoría de las veces no me fastidiaba porque quería a Stella. Pero aquel día... estaba tocado.

¿Quería casarme y estar toda mi vida con ella? ¿Merecía querer a alguien a medias y ella tener a un chico que no la quisiera como ella lo hacía?

Tal vez no quería a Stella tanto como pensaba cuando crucé una mirada con aquella chica del vestido negro y sentí un oscuro

impulso, o tal vez solo era la decepción que sentí ese mismo día al saber que no me apoyaba del todo.

—Me llamo Samah.

—Yo Archie.

—Eres muy guapo, Archie. —Se acercó tanto a mí que pude oler el alcohol de su boca. Estuve a punto de cometer una estupidez, de cagarla y hacerme sentir peor con mis mierdas de decisiones. Por eso me aparté a tiempo y tuve que salir del local. Escuché a mis amigos detrás de mí, pero me estaba poniendo la chaqueta mientras subía la calle con rapidez para coger un taxi.

—Joder. —Me pasé las manos por la cara. Me odié en ese instante.

¿Y si estaba cometiendo un error de verdad? ¿Y si mi lugar estaba junto a Stella, estudiando la carrera que mis padres querían y convirtiéndome en lo que se esperaba de mí?

Aquella noche sentí que toda mi vida se estaba tambaleando, que cada decisión que pensaba tomar era incorrecta.

Estaba perdido.

Totalmente perdido.

Y triste.

Porque en el fondo no quería hacer nada de lo que seguramente acabaría haciendo con tal de no decepcionar a nadie.

-BLAIR-

En 1986 ya era una adicta de dieciséis años. Estaba enganchada, muy enganchada. Y Henry también lo estaba. Más incluso que cuando lo conocí. Nunca le preguntaba de dónde traía las pastillas, la farlopa, el LSD o la maría, pero siempre lo conseguía. Los tipos con los que a veces se relacionaba me daban miedo, aunque lo más probable es que fueran adictos igual de peligrosos que yo misma.

Al principio consumía de vez en cuando, solo cuando me daban esos episodios de depresión fuertes. Mi familia de acogida me

llevó a varios psicólogos, pero nunca solté ni una sola palabra. En realidad con ellos tampoco hablaba, solo lo hacía con Henry. Él era el único que me entendía, o al menos la única persona con la que podía abrirme de verdad. ¿Por qué él? ¿Qué tenía ese chico desconocido que casi me atropella con su bicicleta? No lo sé, nunca lo supe, pero lo que sí sabía era que Henry nunca me miró con esos ojos de lástima ni pensaba en lo desafortunada que era por no tener familia biológica o por estar tan hueca por dentro que se podía escuchar el silencio en mi interior.

A la mierda las familias biológicas. Estaba enfadada con el mundo. Y no sabía hacer otra cosa que meterme tres o cuatro rayas encima para calmar todo el dolor que sentía una adolescente. ¿Sabes lo peor? Por aquel entonces, solía pensar que si me moría no pasaba nada. Y eso que he estado a punto varias veces.

Me da vergüenza contar todo esto. Recordar la clase de chica que era cuando tendría que haber disfrutado de una adolescencia como otra niña más. Podría haber pasado por lo mismo y no haberme convertido en una adicta con esa edad, podría haber pasado por lo mismo y no haber excavado y excavado hasta que mis manos no pudieran más.

No lo sé. Pero un día, descubrí que me gustaba bailar. Y eso me ha salvado en muchas ocasiones en mi vida. El caso es que estaba colocada, no había día que no lo estuviera, pero esa tarde acompañé a Henry a llevar a su hermana pequeña a clase de *ballet* a una academia. Nunca había puesto el mayor interés en nada que no tuviese que ver con drogas o pastillas, pero ese día... me quedé pasmada mirando, por el hueco de la puerta, la clase de *ballet* de niñas de once años. No sé lo que pasó, si fue la melodía a piano o los movimientos de brazos y piernas los que captaron mi atención, pero sentí un cosquilleo en la tripa. Quizás fuese en los pies y en los brazos, que a continuación traté de imitar.

—*Deja de hacer el tonto y vamos*— me dijo Henry, y puse mala cara antes de seguirle y alejarnos de la música relajante.

Dos días después, en una nave de un polígono industrial apartado, donde solíamos fumar y colocarnos junto a más amigos, empecé a bailar yo sola. Recuerdo que no tenía música, pero me inventaba melodías en mi cabeza. Y bailaba. Y bailaba.

Por supuesto, era un desastre, pero a mí me gustaba hacerlo. Más que eso, me encantaba. Me... evadía de todo lo demás. Ese día también me había metido unas cuantas pastillas azules, y aprendí que no debía mezclar la droga con el baile porque hice un mal movimiento y caí al suelo. Solo recuerdo ver sangre en el suelo. Me llevé la mano a la cabeza y estaba chorreando. No me asusté ni un poco. Al contrario, iba tan puesta que no sentía nada de dolor. Nada. Entonces vino Henry y me vio rodeada de toda esa sangre.

—¿Blair? ¿Qué cojones...? Mierda, estás sangrando. —Se acercó, asustado, y se arrodilló a mi lado.

Empecé a ver borroso y, con mis manos, intenté sostener el rostro de mi amigo.

—¿Qué estás haciendo? —dijo enfadado—. Joder, Blair, vas hasta arriba. ¿En qué pensabas? No puedo llevarte al hospital, mierda, no puedo llevarte así.

Entonces empecé a reírme. Recuerdo a Henry meterse una pastilla en la boca y tragársela sin agua. Él también iba hasta arriba.

—¿Te estás riendo? Blair, esto es un marrón.

Seguí riéndome. No sabía muy bien por qué lo hacía, pero cuando vas tan colocado no sabes lo que haces ni dices la mayor parte del tiempo. Lo próximo que recuerdo es perder el conocimiento y despertarme en una cama que estaba en el suelo en una casa en ruinas. Un amigo de Henry, al que después le debió pasta, me salvó la vida. Sí, le cobraron a Henry por salvarme. Y estuvo sin hablarme casi dos semanas.

